

BAJO LA LEAL BANDERA DE MÉXICO

Alberto Enríquez Perea

Los diplomáticos mexicanos acreditados ante la República Española (1931-1939), vieron con gran simpatía y admiración al que consideraron el *político* más representativo de esa nueva época: don Manuel Azaña. Tanto en sus informes diplomáticos, en entrevistas concedidas en España o en México, en artículos, ensayos y memorias expresaron su opinión sobre este hombre que cargaba, como Eneas, la República sobre sus espaldas. Para los diplomáticos mexicanos, Azaña era el *político* de la más alta significación que jamás había dado España en mucho tiempo.

El levantamiento militar del 18 de julio de 1936 cambió totalmente las cosas y acentuó el interés de los embajadores mexicanos asignados en España por la figura de Azaña. Cuantas veces se presentó la oportunidad los diplomáticos mexicanos

levantaron su voz en los diferentes foros internacionales, como la Sociedad de Naciones, para señalar que México defendía el gobierno del Presidente don Manuel Azaña por su *legitimidad* y *legalidad*. El gobierno de México nunca creyó aquel cuento de que el gobierno de Azaña era rojo, enemigo de la cristiandad y de la civilización occidental. Para México el gobierno de Azaña era un gobierno *constitucional* y *legítimamente* constituido.

La conducta del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas y de sus diplomáticos, con respecto a la República Española, fue siempre en una sola dirección sin ambages ni dobleces. La solidaridad que México le brindó tampoco estuvo circunscrita al periodo de la guerra civil. Su conducta la llevó hasta sus últimas consecuencias, siguiendo con especial atención el destino de miles de republicanos españoles y el de su presidente, don Manuel Azaña. De julio de 1936 a febrero de 1939, los embajadores de México en España acompañaron a

Azaña en su peregrinaje por su propia patria y, poco tiempo después, en su exilio, en Francia. Y durante más de veinte meses que vivió en ese país, de febrero de 1939 a noviembre de 1940, Azaña siempre se vio acompañado por los diplomáticos mexicanos, inclusive, hasta su última morada, en Montouban, cubierto con la bandera de México. He aquí esa breve historia de la vida de Azaña en Francia que enorgullece y enaltece a la diplomacia mexicana.

Primeros encuentros

El 7 de febrero de 1939 Azaña se encontraba en Collonges-sous-Salève, en una pequeña población francesa, que está a unos minutos de Ginebra. Vivía en la casa de su cuñado Cipriano Rivas Cherif. A ese lugar Isidro Fabela, representante de México en la Sociedad de Naciones, llegó para darle un saludo a nombre del gobierno de México y del suyo propio. Para Fabela, el presidente Azaña era un hombre de “una

inteligencia vivaz, de vasta cultura y de una extraordinaria facilidad de expresión. A pesar de los graves y trascendentales circunstancias” en que se encontraba su patria y su gobierno. Lo encontró “fuerte en su salud y sereno de espíritu; pero no optimista”¹.

Fabela conversó ampliamente con Azaña por más de hora y media. Fue una plática franca, como la que se da entre amigos. En esta conversación, el presidente de la República Española le dijo que la guerra estaba perdida; que la guerra se había perdido en el Ebro. Además, Azaña consideró que la política inglesa fue “la gran culpable del desastre español”. Inglaterra, por ejemplo, se opuso a que España recibiera cualquier clase de ayuda material. Cuando Francia decidió apoyar al gobierno republicano con materiales de guerra, Inglaterra le advirtió las consecuencias de llevar a cabo

¹ Fabela, Isidro, *Cartas al Presidente Cárdenas*, México, Offset Altamira, 1947, p. 107; Fabela, Isidro, *Azaña y la política de México hacia la República Española*, México, Publicación de España con honra, 1943, s.p.

esta política. “Y como Francia no podía ni puede maniobrar en su política exterior sin la conformidad plena de Inglaterra, quedó con las manos atadas, manos que estaban dispuestas a tenderse política y amistosamente a favor del Gobierno constitucional”².

Pero también se perdió la guerra por la desorganización del gobierno. Nunca hubo un gobierno fuerte. Las pugnas en el gabinete eran siempre para hacer prevalecer las ideas de los partidos e imponer los hombres que representaban los intereses respectivos. Las divisiones internas menoscababan la disciplina militar y el respeto a las autoridades civiles. Imposible

gobernar así, luchar así y vencer así. Mas las Cortes estaban en funciones. Los Ministros trabajaban. Y el Presidente de la República “no podía hacer prácticamente nada sino sostenerse en el Poder Ejecutivo para dar la impresión en el extranjero de que nuestro régimen constitucional seguía en pie”.

¿Entonces, le preguntó Fabela, no fue posible establecer una *dictadura militar* tal como lo requería las circunstancias históricas? Azaña contestó: “Los jefes de partido con sus líderes querían seguir imponiendo su voluntad hasta donde les era posible; y lo que más hicieron fue irse plegando poco a poco a la autoridad máxima del Presidente del Consejo, que constantemente tenía que transigir con la incompreensión y el fanatismo de muchos políticos que hasta el fin quisieron conservar el mando de sus huestes”.

La República hubiera vencido la insurrección en un tiempo más o menos corto si no hubiese intervenido Italia y

² Fabela, Isidro *Cartas al Presidente Cárdenas*, cit., p. 110. Azaña escribió en *Causas de la guerra de España*, que no “era un secreto que el gobierno francés estaba dividido en cuanto al problema español. [...] Con mucha aflicción y calientes lágrimas, tenían que resignarse a la reserva y el equilibrio entre las dos tendencias de la opinión. Había sobre todo la necesidad vital para la seguridad francesa, de no distanciarse de Inglaterra. De esa manera, siendo Francia el país más inmediatamente afectado por el problema de España, los métodos aplicados al caso de la intervención extranjera, los remedios propuestos y los resultados a que se llegó, más que franceses eran británicos” (Azaña, Manuel, *Causa de la guerra de España*, prólogo de Gabriel Jackson, Barcelona, Editorial Crítica, 1986, pp. 39 y 40. [Serie General: Temas hispánicos]).

Alemania, continuó diciéndole Azaña a Fabela. ¿Por qué? Porque el pueblo español era leal al gobierno republicano. Pero los aliados de Franco le proporcionaron cañones de grueso calibre, tanques grandes y pequeños, aviones de toda clase, municiones inacabables. Y Franco, sin los apoyos de sus aliados, jamás habría vencido al gobierno republicano.

La conversación llegó a su fin. Fabela le dijo que a nombre del gobierno de México lamentaba sinceramente el curso que estaban tomando los acontecimientos militares en España, ajenos a los deseos y aspiraciones del pueblo español. Y al despedirse le expresó que no olvidara a México, que si él algún día deseaba ir a aquella nación se le recibiría con los brazos abiertos. Azaña le contestó, con suma cortesía, diciendo que “si el porvenir lo decidiera a ir a México, ya sabía, desde ahora”, que en este país encontraría “nobles amigos y un espíritu hospitalario y cordial”³.

³ Fabela, Isidro, *Cartas al Presidente Cárdenas*, cit., p. 116.

Fabela salió el 9 de febrero de 1939 de Collonges-sous-Salève, rumbo a Perpignan a cumplir varias encomiendas que el gobierno mexicano le solicitó, en especial, realizar un informe relativo a las condiciones en que se encontraban los refugiados españoles en Francia, que llegaban a más de 400,000. Justamente en estas visitas a los campos de concentración en donde los españoles vivían “presos sin serlo”, Fabela se enteró de las negociaciones que había entre el delegado francés Bérard y el general Jordana, ministro de Estado de Franco.

¿Qué negociaban? Fabela no lo sabía exactamente, pero intuía que se trataba del reconocimiento diplomático a Franco, *sin condiciones*. Este reconocimiento era peligroso. ¿Por qué? Porque Franco públicamente diría que no habría represalias contra los republicanos y que sólo se aplicaría la ley para aquellos que la hubieran transgredido. Pero, ¿quién lo obligaría a cumplir su palabra si

se había hecho el reconocimiento *sin condiciones* al jefe rebelde que se levantó en armas contra un gobierno constitucional y que no fue leal a las instituciones republicanas y democráticas que juró defender con su propia vida?

Lo que se podía esperar de este *reconocimiento incondicional* era alarmante. La venganza de Franco alcanzaría a miles y miles de gentes. El general Miaja podría resistir heroicamente, pero sería arrasado “por el formidable material de guerra de los aliados de la España conservadora”. Y entonces, lo que pudo ser una *paz humanitaria* se transformaría en una *tragedia cruenta* y la víctima sería el pueblo llano y no los políticos y militares que tenían altas responsabilidades, pues saldrían en barcos y aviones para poder salvarse⁴.

Pocos días después, tal como se lo imaginó Fabela, Inglaterra y Francia reconocían a Franco *incondicionalmente*. Fabela, se formuló nuevas preguntas frente a este

acontecimiento, agravado aún más, por la renuncia del presidente Azaña, por la rebelión comunista en Madrid, por la creación de la Junta de Defensa Nacional encabezada por Casados y por la huida de Negrín a Francia. Para responder estas preguntas nada mejor que acercarse a Azaña para tener una idea aproximada de lo que estaban ocurriendo.

Fabela fue nuevamente a la residencia de Azaña, en Collonges-sous-Salève. Entre los temas que trataron, estaba, sobre todo, el de su renuncia y las consecuencias de esta medida. En esta conversación Azaña reiteró que estaba convencido de que la contienda debería concluir. Por eso optó por renunciar al cargo presidencial y “dejar en libertad al gobierno de Negrín a que procediera como lo estimara conveniente. Creo que de haber seguido los deseos del doctor Negrín y de Alvarez del Vayo que me pedían insistentemente marcharme con ellos a Madrid o Valencia para seguir al frente del

⁴ Isidro Fabela, *Cartas al Presidente Cárdenas*, cit., pp. 128 y ss.

gobierno y continuar la lucha hasta el fin”, significaba, aceptar de antemano “el sacrificio de muchos miles de hombres que habrían perecido inútilmente”.

Fabela, le preguntó: “¿Usted cree entonces, señor Azaña, que su separación del gobierno puede hacer más bien que mal a su noble causa?”. La respuesta de Azaña fue con un categórico y rotundo sí. A lo que agregó: “lo que lamento es haber estado solo cuando después de la derrota del Ebro propuse al gobierno del presidente Negrín una capitulación que habríamos obtenido en muchas mejores condiciones que ahora. De este modo la caída de la República no habría significado la catástrofe que ahora entraña”.

Y el diplomático mexicano le preguntó a Azaña si, en efecto, se sintió solo. A lo que le contestó, ampliamente: “En absoluto, con la agravante de la situación política, de abandono, en que me dejaron después de nuestra retirada de Aragón, fue producto de la cobardía. Mire

usted, agrega: cuando los ministros del gabinete o jefes de partido se acercaban a mí, aisladamente estaban de acuerdo conmigo en que la resistencia era inútil, en que teníamos perdida la guerra, y que, por consiguiente, nuestro deber humanitario era el de procurar un arreglo con los rebeldes que nos permitiera hacer la paz con el menor número de sacrificios posible. Y después, en nuestras reuniones colectivas, al escuchar las opiniones de Negrín o del Vayo favorables a la continuación de la contienda, callaban o se producían en forma ambigua que no los comprometiera ante sus correligionarios o con el gobierno; pero en todo caso traicionando a su convicción personal, la que habíamos expresado privadamente”.

¿Y Azaña estaba seguro que Franco hubiera aceptado una paz condicional?, preguntó el mexicano. Azaña le contestó: “Muy posiblemente porque ha de saber usted que por esa época el gobierno de Burgos había tenido

muy serias dificultades de política interna que fueron solucionadas por la más rigurosa violencia; y, además, porque en aquella fecha no habían llegado a la España fachistas los formidables contingentes italianos y alemanes que llegaron más tarde a preparar el ataque incontenible y decisivo que rompió nuestro frente catalán”⁵.

Fabela se despidió de Azaña y se marchó rumbo a Ginebra a continuar con sus tareas de diplomático y colaborador en las tareas de embarque de los republicanos españoles a México. Las visitas a Azaña se hicieron frecuentes. Fue de los pocos hombres que Azaña recibía en *La Prasle* y siempre que llegaba era recibido con alegría⁶. Acaso en esta u otra ocasión hablaron sobre el problema de los refugiados españoles en Francia o acaso, no era necesario hablar de ello, pues

Azaña vivía en carne propia el drama del éxodo de su pueblo.

Acosado por los enemigos

La salud de Azaña se empezó a deteriorar alarmantemente. Escribía, recibía pocas visitas, descansaba, pero el corazón, como en cierto momento dijo Alfonso Reyes, estaba como un *jarrito rajado*. La situación internacional se complicaba. El avance de los alemanes era incontenible. A principios de 1940 invadieron a Polonia y atacaron a Dinamarca y Noruega. Con la ocupación de París, a mediados de año, se produjo la derrota de Francia. Reynaud se rindió a Petain y el gobierno de colaboración de Vichy se subordinó a Berlín⁷. Las actividades de la Gestapo, de la policía colaboracionista y de la franquista estaban al acecho de sus adversarios políticos.

Este fue el contexto de un nuevo encuentro entre Azaña y los

⁵ Archivo General de la Nación. Ramo: Presidente Lázaro Cárdenas. Expediente 702.1/92

⁶ Rivas Cherif, Cipriano de, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)*, introducción y notas de Enrique de Rivas Ibáñez, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1980, pp. 445 y 446.

⁷ Gilberto Bosques. *Historia oral de la diplomacia mexicana*, coordinadora Graciela de Garay, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1988, p. 50 [Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Historia Oral de la Diplomacia Mexicana. Número 2].

diplomáticos mexicanos, y de manera particular, con el ministro Luis I. Rodríguez. Entrada la noche del 2 de julio de 1940, Rodríguez llegó a Montauban e inmediatamente se dirigió al Hôtel *Midi* para solicitar una habitación y descansar. Sin embargo, el descanso lo interrumpió al recibir la visita del general José Riquelme y del coronel Arturo Mena, militares que fueron servidores de la República Española, para platicarle de la grave situación por la que atravesaba don Manuel Azaña. El autor de *Fresdeval* se encontraba a unas cuantas calles de distancia, en la casa del doctor Cave, número 23, de la rue Michelet⁸, ocupando un “reducido inmueble”, alquilado por los refugiados españoles Ricardo Gasset, Manolo Cabello, Enrique Navarro y Juan López Fernández⁹.

⁸ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, prólogo de Rafael Segovia y Fernando Serrano Migallón, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000, p. 239.

⁹ Martínez Saura, Santos, *Memorias del secretario de Azaña*, edición y prólogo de Isabelo Herreros Martín-Maestro, nota preliminar de Paloma Zubieta López,

Rodríguez, tan pronto acabó de escuchar a estos militares, se trasladó con ellos al lugar donde se hospedaba Azaña.

La señora Dolores Rivas Cherif recibió al ministro de México y a sus acompañantes. Los atendió mientras Azaña se levantaba de su lecho de enfermo para saludarlos. Rodríguez se impresionó al verlo. “Parecía una sombra. Sus carnes se habían consumido hasta lo increíble; tenía la palidez del cadáver y sus ojos profundamente hundidos acusaban la huella del dolor y del martirio”.

Azaña se acercó al Ministro, “con los brazos temblorosos y abiertos” y le dijo, cordialmente: “Aquí me tiene, mi ilustre amigo [...] convertido en un despojo humano [...]. No puedo resistir más [...]; siento que mi corazón estalla en mil pedazos... Sé que me persiguen... tratan de llevarme a Madrid... No lo lograrán... antes habré muerto”¹⁰. Y le empezó a relatar

Barcelona, Planeta, 1999, p. 633. [La España Plural].

¹⁰ Rodríguez, Luis I., *Ballet de sangre. La caída de Francia*, México, Ediciones

su viaje de Pyla-sur-Mer a Perigueux, y de ahí a Montauban, perseguido siempre por la Gestapo y la policía franquista. A ello había que añadir su estado grave de salud. Igualmente le dijo que las autoridades de la localidad le negaron el permiso respectivo para seguir su ruta y, entre sus graves preocupaciones, estaba la del paradero de su cuñado Cipriano y la de su familia. “Y ahora me encuentro sin arraigo, expuesto a todas las contingencias; moribundo, sin efectos ni dinero, sin perspectiva ni tranquilidad, olvidado por amigos y acosado por enemigos. En nadie, fuera de mi mujer que resignadamente me acompaña, encuentro otro espíritu generoso capaz de soportarme. En buena hora la presencia de usted; la esperaba con la misma desesperación con que un reo espera su indulto”.

La conversación entre Azaña y Rodríguez duró más de dos horas. Y al concluir, el

ministro de México le ofreció los servicios de oficiales del Ejército mexicano para que lo custodiaran, le entregó dos mil francos como “ayuda de gastos” y se comprometió, de acuerdo con el propio Azaña, de hablar con Pétain sobre su permanencia en Montauban hasta que recuperara su salud para poder trasladarse con su mujer a Vichy.

Rodríguez salió de la casa de Azaña. Cruzó la Plaza de la Poste, para llegar al Hôtel *Midi*. En todo ese trayecto iba pensando en la suerte de este gran hombre español: “Herido de muerte, en la levítica ciudad de Montauban, legendariamente calificada ‘tumba de Francia’, se iba extinguiendo, con lentitud de pavesa, el más fecundo pensador de la República Española.- El verbo de Azaña -cauterio y semilla-, con su profunda concepción castiza del lenguaje, había elevado a la cima de la pureza los principios de la Revolución Francesa, atenuados, más tarde, en la propia Francia, por una interpretación demasiada cómoda y flexible; rotos, por

Nigromante, 1942, p. 212; *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., p. 239.

último, entre los engranajes de sistemas reaccionarios y anticuados”¹¹.

Seis días después de su encuentro con Azaña, el ministro Rodríguez se entrevistó con Pétain, solicitándole, primero, autorización para que residiera en Montauban, mientras recuperaba la salud, acompañado de su esposa y sin peligro de extraditarlo a España; segundo, permiso para que el matrimonio se trasladara a Vichy y se alojara en la Legación de México; y tercero, consentimiento para que salieran de Francia a algún lugar de América que, sin lugar a dudas, era México. Pétain aprobó la propuesta, pidiéndole *la mayor reserva*. Rodríguez, al despedirse, le pidió su consentimiento para que estos acuerdos se los transmitiera a Azaña. Pétain asintió, reiterándolo, que sobre este asunto le pedía la mayor discreción. Este mismo día 8 de julio de 1940, Rodríguez le comunicó a Azaña los resultados de su entrevista con Pétain. Pero

los problemas no dejaban en paz a Azaña.

Gilberto Bosques, cónsul general de México en Marsella, tuvo noticias fidedignas de que miembros de la Falange habían cruzado la frontera española y habían capturado a un grupo de refugiados españoles, entre los que se encontraba el cuñado del presidente Azaña, Cipriano Rivas Cherif. Seguramente, le dijo Bosques por el teléfono al Ministro de México, para estas horas, cuatro de la tarde, del 14 de julio, los falangistas estaban de vuelta a España con los reos.

Una semana más tarde, Azaña le escribió a Rodríguez para contarle lo sucedido en Pylasur-Mer. Todos los esfuerzos que había hecho para conseguir la libertad de las señoras y niños habían sido inútiles. Los hechos habían sido consignados ante las autoridades francesas. Sin embargo, todo hacía pensar que las autoridades alemanas de ocupación eran las que podrían decidir sobre este asunto. Había qué hacer algo, también, por

¹¹ Rodríguez, Luis I., *Ballet de sangre. La caída de Francia*, cit., p. 213.

Cipriano, que se encontraba en Madrid. Todo lo que se hiciera por ellos se lo agradecía de antemano.

Al día siguiente, Rodríguez se entrevistó con Paul Baudouin, Ministro de Negocios Extranjeros, para interceder por la libertad de la familia Rivas Cherif y por la vida de Cipriano. El Ministro Boudouin lo escuchó y le prometió interceder por la familia sin ningún problema, pero a Cipriano era imposible ayudarlo. Como siempre, Rodríguez le informó a Azaña de sus gestiones. Pero la angustia del político español aumentaba al no poder hacer nada por su cuñado, llegando al grado de pensar en entregarse a Franco si no se conseguía la libertad de Cipriano y su familia para correr la misma suerte de ellos.

Al paso de los días, Azaña le pidió a Rodríguez un nuevo favor: que le entregara una carta al Presidente del Consejo, Pierre Laval, en donde narraba lo acontecido en Pyla-sur-Mer. Así lo hizo el Ministro. El 30 de julio

Rodríguez se entrevistó con Laval, en Vichy, y le entregó en sus manos la carta de Azaña. Ésta fue una oportunidad para hablar sobre la situación de Azaña. La plática fue muy ríspida. Laval se expresó del presidente de la República Española en términos ofensivos. Para nada le interesó la suerte de Azaña. Ni siquiera como asunto de interés humano.

“Corre peligro de ser secuestrado en Montauban para llevarlo a Madrid”, le dijo Rodríguez. “Quizá le resulte mejor eso”, le contestó Laval. “Ahí lo sacrificarían”, replicó el ministro mexicano. “Son gajes de la política”, contestó el presidente del Consejo. “Se trata de un antiguo jefe de Estado que disfruta de la hospitalidad de Francia”, contrarreplicó Rodríguez. “Requerida por él exclusivamente. Ningún beneficio nos reporta su asilo”, contestó Laval. Los resultados obtenidos

en esta conversación fueron nulos, y así se lo hizo saber a Azaña¹².

El 31 de julio de 1940, Rodríguez recibió instrucciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores para que hiciera todo cuanto fuera posible para que Cipriano Rivas Cherif y Manuel Azaña, con sus respectivas familias, logran salir rumbo a Suiza o México, pero procurando siempre protegerlos con el pabellón de México mientras estuvieran en Francia. Apremiaba, además, su traslado de Montauban a Vichy.

La noticia la transmitió telefónicamente a doña Lola, el 2 de agosto, pues don Manuel se encontraba postrado en su lucha por el recrudescimiento de su enfermedad. Previa consulta con Azaña, doña Lola le dio la respuesta: por el momento era mejor quedarse en ese sitio. Había que esperar una mejor oportunidad. Rodríguez insistió al día siguiente. En esta ocasión don Manuel le contestó el teléfono.

Rodríguez le reiteró el ofrecimiento del gobierno mexicano. Azaña reiteró lo dicho por su esposa. Rodríguez le dijo que él, personalmente, lo iría a buscar y lo conduciría en su auto rumbo a Suiza. Azaña no aceptó el ofrecimiento de México. Estaba sumamente preocupado por Cipriano y su familia. Rodríguez le aseguró que la familia de su cuñado ya no estaba detenida. De cualquier manera, le respondió Azaña, Cipriano no estaba en libertad.

Este mismo día 3 de agosto Azaña le escribió una carta reiterándolo todo lo que le había dicho por teléfono. Añadiendo, que la familia de Cipriano no sólo estaba vigilada sino que tenía prohibido salir de la casa y comunicarse con el exterior. Rodríguez no perdía las esperanzas de convencer a Azaña para que se trasladara a Suiza. Para ello, fue personalmente a hablarle a su casa de Montauban, el 8 de agosto. No puede persuadirlo. Azaña estaba convencido de que su

¹² *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., pp. 246 y ss.

permanencia en Francia salvaría a su cuñado y a su familia. En la plática, Gasset también intervino. Pero los resultados fueron contraproducentes. Sobre todo porque Gasset provocó la cólera de Azaña cuando le dijo: “si en la Presidencia hubiera empleado la ‘mano de hierro’ que tantas veces le sugerí, ni habríase producido la sedición ni estaríamos aquí en plan de refugiados”.

La respuesta de Azaña fue contundente. En ésta se encuentra toda su concepción de la política y de la moral y de su *responsabilidad* como jefe de Estado. “Yo no; ni ayer ni nunca podré ser partidario de semejante medida, dijo enfáticamente don Manuel. Y escúchelo bien, no porque me tiemble el pulso al ejecutarla, ni porque me sienta débil para castigar a los traidores de mi patria. Es porque mi temperamento político me lo impide. Es porque mi convicción me lo rechaza. Es porque lo he combatido toda mi vida, soy republicano por naturaleza, es decir, propulsor de las libertades

del hombre, devoto de sus garantías y salvaguarda de sus ideales, no esbirro de una causa que sólo con mano de hierro es capaz de abrirse para la historia. ¿Piensa todavía en la democracia? Aquí está su puesto entre los desposeídos de la libertad. ¿Reclama todavía un régimen de dictadura? Váyase con el caudillo, despótico y criminal que con garfios estrangula la voluntad de nuestro pueblo...”. Dado el estado de ánimo de Azaña, el ministro Rodríguez dejó para otra ocasión volver sobre la conveniencia de su salida rumbo a Suiza¹³.

Bajo el pabellón de México

A finales del mes de agosto, el capitán Antonio Haro Oliva comprobó la llegada a Montouban de un sujeto apellidado Urraca, acompañado de agentes falangistas. Todo parecía indicar que se estaba planeando el secuestro de don Manuel Azaña. Sin embargo, esto fue sólo un

¹³ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., pp. 252 y 252.

tanteo de los franquistas, pues sólo un día permanecieron en la localidad francesa. Casi un mes después, el 15 de septiembre de 1940, Urraca y sus compinches volvieron a presentarse en Montouban.

Afortunadamente, ese mismo día llegaba también el ministro Rodríguez, trasladándose inmediatamente a la casa de rue Michelet. Sin perder el tiempo, resolvió que Azaña y su esposa se trasladaran al Hôtel *Midi*, en donde ya se habían separado algunas habitaciones a nombre de la Legación de México y con derecho a ondear el pabellón mexicano en los balcones correspondientes. Azaña entendió la gravedad del momento y no opuso resistencia a la determinación del ministro Rodríguez. Salieron de la casa del doctor Cave, que además su hermana ya les había reclamado el piso¹⁴, y al abordar el automóvil que los iba conducir al Hôtel *Midi* dos agentes de la policía reservada

los detuvieron. Pero el intento falló. Rodríguez se identificó como representante de México y los dejaron continuar su camino.

Instalados en el Hôtel *Midi*, Rodríguez dispuso que la habitación de Azaña, la número 9, del primer piso, estuviera al lado de la 7 y la 11, ocupadas respectivamente, por el capitán Haro Oliva y el consejero Vaca. Las habitaciones de enfrente las ocuparía el doctor Pallete y el cónsul Prado. Para mayor seguridad, Rodríguez le pidió al diputado Carlos de Juan que se trasladara al campo de concentración más cercano y les informara a los refugiados españoles que el ministro de México solicitaba su presencia en el Hôtel para hacerles saber lo que estaba ocurriendo. El pretexto que encontraron los refugiados para ir a esa cita fue el aniversario de la Independencia de México que se celebra, justamente, la noche del 15 de septiembre.

Poco a poco fueron llegando, en pequeños grupos, más de 300 personas. Rodríguez

¹⁴ Egido León, Angeles, *Manuel Azaña. Entre el mito y la leyenda*, Valladolid, Junta de Castilla y León/Caja Duero, 1998, p. 438.

les advirtió del riesgo que corría Azaña. Los refugiados se ofrecieron a resguardarlo. A las once de la noche, emulando el gesto del Cura don Miguel Hidalgo que hizo resonar la campana de Dolores, los refugiados españoles rindieron un respetuoso homenaje a México. Azaña envolvió su pensamiento en México. Y le dijo estas palabras a Rodríguez: “Cómo conforta poder comprobar, en medio del derrumbe moral que presenciamos la existencia de hombres que saben honrar a su historia, que viven de pie frente a las claudicaciones del mundo y que han hecho de su destino la esperanza de todos los pueblos libres”.

Amaneció y los gallos cantaban en los albores. Era el día 16 de septiembre de 1940. Todo indicaba que el peligro había pasado. Cada quien volvió a su sitio. Los planes de trasladar a Azaña a Vichy marchaban sin contratiempos. Rodríguez daba las instrucciones pertinentes para que todo saliera perfectamente. La

idea era alojar a Azaña y a su esposa en la Legación de México en Vichy, y sólo entonces, hacerle saber al Ministerio de Negocios Extranjeros lo sucedido, argumentando que ese traslado violento se debía a la gravedad de Azaña. Una vez protegido por la bandera de México era mucho más fácil su traslado a aquel país. Los planes, sin embargo, se vinieron al suelo. El prefecto de Montouban le habló por el teléfono a Rodríguez para que desistiera del plan de trasladar a Azaña a Vichy, mientras no contara con la autorización del Ministerio del Interior. ¿Qué había pasado, en dónde se había fallado? Una indiscreción de la señora Azaña echó por tierra este intento¹⁵.

Azaña se quedó, pues, en Montouban. Su enfermedad se recrudecía. Rodríguez, apremiado por el presidente Cárdenas, buscó la manera de trasladarlo a un lugar más benigno y donde pudiera ser mejor atendido. Las misiones

¹⁵ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., p. 259.

fracasaron. Las autoridades francesas no querían saber nada de este asunto. Rodríguez insistió y pidió la ayuda del nuncio apostólico y del embajador de Chile, Gabriel González Videla, para que intercedieran por Azaña ante Pétain y Laval. Todo en vano. Un último intento lo realizó el general Luis Alamillo, agregado militar de México, ante Pétain, quien lo conocía desde 1929, cuando desempeñaba el puesto de inspector general del Ejército. Todo fue inútil¹⁶.

El 29 de septiembre, el doctor Pallete, médico de cabecera de Azaña, se suicidaba. En la carta póstuma que le dejó a Rodríguez, le señaló: “Pocas líneas para decir adiós. Le había jurado a don Manuel inyectarlo de muerte cuando lo viera en peligro de caer en las garras franquistas. Ahora que lo siento de cerca me falta valor para hacerlo. No queriendo violar este compromiso, me la aplico yo mismo para

adelantarme a su viaje. Dispense este nuevo conflicto que le ocasione su agradecido, Pallete”¹⁷.

Entre las pocas noticias halagadoras que llegaban a Montauban estaba la conmutación de la pena de muerte por cadena perpetua a Cipriano, y su familia obtenía, finalmente, su libertad. Quizá estas noticias hicieron que Azaña por fin decidió aceptar el ofrecimiento de México. Pero ahora el problema era su salud y la altura de la Ciudad de México. Sin embargo, no perdía las esperanzas de que pronto se recuperaría. Y así se lo hizo saber a Rodríguez en su carta del 13 de octubre de 1940. Pero dos semanas más tarde, Rodríguez recibió una llamada telefónica del capitán Haro Oliva que le informaba de la agonía de Azaña.

El 3 de noviembre Rodríguez llegó a Montauban. En la estación se encontró con el general Juan Hernández Sarabia, que se le presentó y le contó que se había fugado de un campo de

¹⁶ *Memorias del general Luis Alamillo. [Luchadores ignorados al lado de los grandes jefes de la Revolución Mexicana]*, México, Extemporáneos, 1976, pp. 527 y 529-531. [Colección: Ediciones Especiales].

¹⁷ *Misión de Luis I Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., p. 267.

concentración. Él quería estar junto a su Presidente hasta el último suspiro. Juntos se trasladaron hasta el lecho del moribundo. Azaña desvariaba a momentos. Hablaba en francés o en inglés. Y de vez en cuando se escuchaba lo de su próxima llegada a México. De la alegría que sentiría Indalecio Prieto al saber de su llegada. Y también mencionaba el nombre del mexicano Alfonso Reyes¹⁸.

¿Qué recuerdos le traía a su mente, Reyes? Tal vez aquellos años en que Reyes residió en Madrid o cuando lo acompañó al Ateneo o cuando colaboró en la revista *La Pluma*. Quizás recordaba la atinada conducción de Reyes en La Casa de España en México, fundada gracias a la generosidad del presidente Lázaro Cárdenas, en 1938, y en donde estaban tantos españoles tan queridos y tan cercanos para él como su otro cuñado Manuel Rivas Cherif, su secretario Juan José Domenchina, su amigo y leal

ministro de Estado José Giral y tantos otros nombres que dieron tanto lustre a la República Española. Acaso también supo de las atenciones que tuvo para poder salvar la vida de Cipriano hablándole de ello al presidente Cárdenas y escribiéndoles a los embajadores acreditados en México¹⁹.

A las cuatro horas, con cincuenta y tres minutos, del lunes 4 de noviembre de 1940, murió uno de los más grande políticos que ha tenido España en el siglo XX²⁰. Falleció en una de las dependencias de la Legación de México y bajo el amparo del pabellón mexicano. Todos los gastos de su velatorio, embalsamiento y entierro corrieron a cargo del gobierno de México. Al día siguiente, a las 11

¹⁸ Carabias, Josefina, *Azaña: Los que le llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza & Janés, S.A., Editores, 1980, p. 266.

¹⁹ Archivo Histórico de El Colegio de México. Fondo Alfonso Reyes. Caja 7, Carpeta 54. Correspondencia; Azaña, Manuel, *Apuntes de memoria (inéditos)*. Guerra civil. Mayo 1936-abril 1937. Diciembre 1937-abril 1938 y cartas 1938-1939-1940, edición al cuidado de Enrique de Rivas, Valencia, Pre-Textos, 1990, pp. 317 y ss; Enríquez Perea, Alberto, "La generosa hospitalidad de Alfonso Reyes", en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm., 77, vol., 5, septiembre-octubre, 1999, pp. 110-125.

²⁰ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección e los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, p. 274.

de la mañana, partió el cortejo fúnebre rumbo a su última morada.

Poco antes de partir el cortejo ocurrió el último incidente. Rodríguez recibió un recado del prefecto de Monteuban, rogándole en su nombre y en el del general Pétain que, casualmente en ese día llegaba a la localidad, que “no se permitiera ninguna manifestación pública de duelo en homenaje” a Azaña. Rodríguez le respondió al emisario que en la medida de sus posibilidades atendería ese ruego, pero “sin que pudiera evitar que lo acompañaran sus amigos a la última morada, ni menos que prescindieran del emblema republicano durante su recorrido hasta el panteón”.

La respuesta de Rodríguez alarmó al prefecto que, a los pocos minutos, se hizo presente ante el Ministro de México. Reiteró su determinación. Amenazó con disolver la manifestación en forma violenta si se persistía en acompañar el cuerpo de Azaña. Y sugirió que la

carroza se cubriera con la bandera franquista y no con la republicana. Rodríguez le contestó con aplomo: “¡Inténtelo si puede!”. El prefecto le señaló que él era la única persona que podía hacerlo. “Pues no lo haré nunca, ni tampoco autorizaré semejante blasfemia por mi condición de hombre, de ciudadano y de representante de mi patria”, le respondió Rodríguez. El prefecto todavía le llegó a decir que si sus palabras las debería tomar como un desafío a su autoridad. “Tómelo como quiera”, le contestó Rodríguez. Ante esta actitud gallarda y digna del representante de México el prefecto autorizó la manifestación de duelo, pero solicitó que la bandera republicana no cubriera a Azaña. Está bien, asintió Rodríguez, “lo cubrirá la bandera de México; para nosotros será un privilegio; para los republicanos una esperanza y para ustedes una dolorosa lección”²¹.

²¹ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, cit., pp. 276 y 277.

Gilberto Bosques, Luis Alamillo Flores, Carlos de Juan, Luis Fernández Clérigo, Juan Hernández Sarabia, Rodolfo Llopis, Mariano Ansó, Agustín Alva Cejudo, Francisco Sáenz, Antonio Haro Oliva, Alfonso Castro Valle, Francisco M. Vaca, Luis Lozano, Ernesto Arnoux y Antoñito Lot, formaron la primera fila del cortejo fúnebre Azaña, presidiéndolo el ministro Rodríguez. Detrás de ellos, cientos de republicanos españoles. Y para sorpresa de aquellos que aún el día de hoy no entienden lo que es la solidaridad entre los hombres²², fueron apareciendo cientos de banderitas republicanas²³ para darle el último adiós al que fuera su Presidente.

El ministro Rodríguez, ante el cadáver del presidente de la República Española, pronunció estas palabras de despedida para el más ilustre de los políticos que había dado España: “Desaparecido Azaña no debemos

en esta hora lamentarnos del infortunio. Necesitaríamos para nuestro consuelo voces de guerra que no estamos en condiciones de producir. Llega hasta la última morada envuelto en la bandera de mi patria. Que eso nos conforte siquiera; significa la existencia de millones de hombres que en el otro continente vibran con nuestros ideales.- Despidamos al ilustre caído sin lágrimas ni desesperanzas. Cerremos su tumba sin estremecimientos ni cobardías. Quizás muy pronto, puños más fuertes vendrán a abrirla para devolverle al pueblo sus inmortales despojos”. Y finalizó con estas sentidas palabras: “No olvidemos esta fecha: nos servirá de santo y seña para la victoria final: Azaña ha muerto. ¡Viva España”²⁴.

²² Jiménez Losantos, Federico, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Editorial Planeta, 1994, p. 249. [Premio Espejo de España 1994].

²³ Carabias, Josefina, *Azaña: Los que le llamábamos don Manuel*, cit., pp. 273 y 274.

²⁴ *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, p. 278.

Archivos:

Archivo General de la Nación (AGN). Ramo: Presidente Lázaro Cárdenas.

Archivo Históricos de El Colegio de México. Fondo Alfonso Reyes.

Bibliografía:

Azaña, Manuel, *Apuntes de memoria (inéditos). Guerra civil. Mayo 1936-abril 1937. Diciembre 1937-abril 1938 y cartas 1938-1939-1940*, edición al cuidado de Enrique de Rivas, Valencia, Pre-Textos, 1990.

----, *Causas de la guerra de España*, prólogo de Gabriel Jackson, Barcelona, Editorial Crítica, 1986. [Serie General: Temas hispánicos]

Carabias, Josefina, *Azaña: Los que le llamábamos don Manuel*, Barcelona, Plaza & Janés, S.A., Editores, 1980.

Egido León, Angeles, Manuel Azaña. *Entre el mito y la leyenda*, Valladolid, Junta de Castillo y León/Caja Duero, 1998.

Enríquez Perea, Alberto, “La generosa hospitalidad de Alfonso Reyes”, en *Cuadernos Americanos*, nueva época, núm., 77, vol., 5, septiembre-octubre, 1999.

Fabela Isidro, *Azaña y la política de México hacia la República Española*, México, Publicaciones de España con honra, 1943.

----, *Cartas al Presidente Cárdenas*, México, Offset Altamira, 1947.

Gilberto Bosques. *Historia oral de la diplomacia mexicana*, coordinadora Graciela de Garay, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1988. [Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Historia Oral de la Diplomacia Mexicana. Número 2].

Jiménez Losantos, Federico, *La última salida de Manuel Azaña*, Barcelona, Editorial Planeta, 1994. [Premio Espejo de España 1994].

Martínez Saura, Santos, *Memorias del secretario de Azaña*, edición y prólogo de Isabelo Herrero Martín-Maestro, nota preliminar de Paloma Zubieta López, Barcelona, Planeta, 1999. [La España Plural].

Memorias del general Luis Alamillo. [Luchadores ignorados al lado de los generales jefes de la Revolución Mexicana], México, Extemporáneos, 1976. [Colección: Ediciones Especiales].

Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940, prólogo de Rafael Segovia y Fernando Serrano Migallón, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2000.

Rivas Cherif, Cipriano, *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña (seguido por el epistolario de Manuel Azaña con Cipriano de Rivas Cherif de 1921 a 1937)*, introducción y notas de Enrique de Rivas Ibáñez, Barcelona, Editorial Grijalbo, 1980.

Rodríguez, Luis I., *Ballet de sangre. La caída de Francia*, México, Ediciones Nigromante, 1942.